

que levantó para servirse, teniéndola colgada de la mano. Quitando esto, era como todo el mundo.

Ante esa respuesta, el médico cambió rápidamente la dirección del interrogatorio. Dejó a la madre para pasar a la permanencia de Ribier en el manicomio. Sus preguntas se hicieron rápidas, breves, casi incoherentes al parecer. El otro respondía pausadamente, con cierta cachaza, que dejaba adivinar una voluntad en tensión. Lo cual podía ser también una sincera preocupación de defenderse, muy legítima en el hombre que él pretendía ser. Si efectivamente había estado loco, era muy natural que tratase de demostrarlo para recobrar la libertad. Cuando, por fin, después de una hora de examen, Courrioles dijo al vigilante: — He terminado; puede usted llevarle—la impasibilidad del forzado pareció desvanecerse.

— ¿No me hará usted padecer mucho tiempo, señor doctor?—dijo al retirarse.—. Usted sabe que es muy duro estar encarcelado por un crimen del que no se es realmente responsable. Ya es bastante haberle cometido cuando no era uno dueño de sí.

III

— ¿Qué le parece?—preguntó Courrioles a Portehaut cuando se cerró la puerta, y el maestro y el alumno se encontraron solos.

— Me parece, querido maestro—respondió el estudiante—, que es el simulador más extraordinario que yo he visto.

— Va usted un poco de prisa—dijo Courrioles, moviendo la cabeza—. Ya ha visto usted que ha sido exacto, hasta clásico, en lo que nos ha dicho de las convulsiones de su madre. El no puede haber in-

ventado lo que nos ha referido sobre la tendencia que tenía a conservar las actitudes tomadas. Es la catatonía, diría Kahlbaum. Sería preciso suponer que ese mozo en su celda ha tenido entre las manos algún libro de vulgarización sobre enfermedades nerviosas y que ha trabajado en él como un aspirante al internado. Es posible, pero inverisímil. ¿Y el cuadro de su propia enfermedad, aquel período de invasión señalado por vagos sufrimientos con todos los signos somáticos de rigor: cefalalgia, insomnio, inapetencia? Luego aquel bienestar, aquella agitación tan característica, y todo lo demás, hasta aquella brusca cesación de fenómenos al despertar una mañana... Si yo hiciera el loco, no trataría de simular más síntomas que esos. Pero hay que repetir, Guillermo Ribier no es un alienista... Por otra parte—añadió el sabio después de un silencio—, hoy sólo le he tanteado... Mañana le plantearé una cuestión respecto a la cual ningún libro puede prepararle. Ya la conoce usted. Se trata de mi ley inédita: la de la hiperestesia disociada.

Esa ley que el psiquiatra reivindicaba para sí con ese orgullo ingenuo, la conocía Portehaut, pues había visto a su maestro buscarla y descubrirla recientemente. A Courrioles le había extrañado notar, en los enfermos conducidos a sus dos clínicas, un contraste singular: el de su insensibilidad general con el exceso de su sensibilidad particular. Un maniático vaga medio desnudo por las calles en un tiempo frigidísimo sin notar el frío. He aquí la insensibilidad general. Un ruido muy débil y que no llega a nosotros, lo percibirá él con una fineza de oído que revela, por el contrario, una extraordinaria sobreexcitación del órgano. He aquí el exceso de sensibilidad particular. Eso era lo que el médico en su lenguaje técnico, casi incomprensible, llamaba hiperestesia disociada.

— Sí—continuó—, si Ribier ha estudiado los síntomas de la manía en los libros, no habrá encontrado éste, porque aun no he publicado mi memoria sobre ellos. Tiene, pues, la idea clásica de que los locos no sienten nada. Ya puede usted comprender. Si es un simulador, nos dirá que todos sus sentidos estaban igualmente embotados. Esto no será más que un detalle, pero indiscutible, y será nuestro... ¿No es más que un simulador?... Bueno. Ahí está Croulebois. Tarde llega usted, amigo mío. Usted mismo se ha castigado. Ya le referiré Portehaut lo que se ha perdido... ¡Oh! La señora Susana nos trae un sujeto interesante.

Efectivamente, la señora Susana, el femenino ayudante de Habert, una mujerona bigotuda, entraba al mismo tiempo que Croulebois. El estudiante retrasado se sentó, disculpándose, al otro lado del maestro. La enfermera llevaba, casi sosteniéndole en los brazos, un pingajo humano, una mujer de ochenta años, temblorosa la cabeza, los ojos de loca, y a quien los agentes habían recogido en la calle sin saber su domicilio ni su nombre.

— Fíjense en lo que les he dicho tantas veces—habló Courrioles cuando la desgraciada se sentó en la silla que momentos antes ocupó Ribier—, de qué manera las viejas conservan en todas las facciones, en la mirada recelosa, en la boca hundida, un algo de maldad que los viejos no tienen. ¡Al fin confiesan!—añadió riendo—: *¡Et nunc erudimini*, jóvenes!

— ¿Está enamorado Croulebois?—preguntó el psiquiatra dos horas después a Portehaut, al salir con él del Palacio de Justicia. Era costumbre que los dos Wagner de ese Fausto de distinta especie acompañasen a su maestro hasta su domicilio. — Sí—agregó—, antes llegó tarde. Ahora nos deja. Hace

varios días que vengo notando que no está en lo suyo. Y cuando he hablado de la maldad de las mujeres, a propósito de la vieja loca, ¿no se ha fijado usted? Ha hecho un gesto... así. —El minucioso observador hizo con los párpados idéntico movimiento al que había sorprendido en su discípulo, demostrando hasta qué punto había llegado su facultad de atención con el ejercicio cotidiano.

— Yo no se lo hubiera dicho, doctor—respondió Portehaut—. Pero es verdad. Tiene una querida, una mujer del barrio. Se llama Julieta. Es soberanamente hermosa y le está haciendo sufrir enormemente.

— ¡Psicosis sexual electiva!—añadió Courrioles encogiéndose de hombros—. Eso es el amor. Ya intentaremos sacarle de ahí. Ha hecho usted bien en decírmelo. Vamos a empezar por hacerle trabajar. Vaya a buscarle en seguida y dígale que está usted ocupado esta tarde y mañana por la mañana, y que no puede usted atender a Ribier. Detállele nuestra sesión de hoy, y ruéguele de mi parte que observe a ese hombre esta tarde y mañana por la mañana. Répítale que cuento con él. Yo le conozco. Obedecerá.

IV

Bajo sus rudas apariencias, el misógino Courrioles ocultaba esa sensibilidad delicada y profunda de tantos hombres de ciencia. Por interesado que estuviese ante el caso de Guillermo Ribier, la confianza del sincero Portehaut sobre su camarada Croulebois le preocupaba más todavía puesto que sus primeras palabras, al llegar al día siguiente a la enfermería del Palacio, fueron para su interno.

— El señor Croulebois ha venido y se volvió a marchar—le contestó Habert.

— ¿Se ha marchado?—preguntó Courrioles.

— Sí, señor profesor, y ha dejado esta nota.

El psiquiatra tomó la hoja de papel en la cual el estudiante había escrito su observación de la mañana concerniente a Guillermo Ribier. Esa observación estaba extendida en una decena de líneas: «He visitado a Ribier ayer tarde—decía—. Le encontré muy tranquilo. Hemos hablado de su asunto. Sigue sosteniendo que es víctima de un verdadero error judicial. Su sinceridad me parece evidente. He vuelto a verle esta mañana. Le he notado una superactividad de la asociación automática de las representaciones mentales. La terminación de una palabra le conduce a pronunciar inmediatamente otra de terminación análoga. Concluye frases enteras por asonancias o rimas. (¿Manía remitente o intermitente?) La segunda hipótesis concordará bien con la teoría de Doutrebente, que relaciona las manías intermitentes con el mal sagrado. La herencia materna lo explicaría.» Y Croulebois había firmado de un modo que pareció sin duda extraño a Courrioles, porque permaneció largo tiempo examinando los signos de aquella escritura, con una expresión tan concentrada y severa a la vez en el rostro, que el jovial Habert dijo en voz baja al constante Portehaut:

— Que se ande con cuidado el señor Croulebois cuando vuelva. Yo conozco al doctor. Está encolerizado.

— Déjelo—respondió Portehaut, bajando la voz él también—. Yo le hablaré. ¡Es tan buena persona!...

El estudiante alardeaba. No se atrevió a hablar al maestro. ¡Hasta tal punto se había ensombrecido su fisonomía! Era aquél un muchacho de veinticuatro años, con cara sonrosada y blanca que encuadra-

ban los cabellos rubios ondulados. Ese aspecto infantil de niño de coro contrastaba casi cómicamente con la clase de trabajos a que se había consagrado. Era el discípulo sumiso, atento, dócil, mientras que Croulebois, el ausente, tenía el rostro atormentado, como verduoso de bilis, muy en armonía con el siniestro decorado del singular laboratorio que dirigía el severo Courrioles. Era el alumno preferido del maestro, lo cual basta para explicar el mal humor de éste y del que Portehaut fué en seguida la víctima expiatoria.

— Que entre Guillermo Ribier.

Esas primeras palabras fueron seguidas de estas otras:

— ¿No dió usted bien mi encargo a Croulebois?...

— Sí señor—balbuceó Portehaut. Luego, enrojecido por la denuncia que iba a hacer en interés de su compañero, añadió: —Julieta ha venido a buscarle... y por eso...

— ¡Y por eso le excusa usted? No le defienda. Es preferible que me enseñe su trabajo.

Apenas tuvo tiempo de leer por encima el resultado del interrogatorio de la víspera, cuando Ribier era introducido de nuevo en la estancia por el vigilante Habert. El asesino tenía el mismo rostro impasible, en el cual continuaban los ojos moviéndose tan extrañamente como los de un animal de presa. Lo mismo que el día anterior, a flor de labio, respondió a la pregunta del perito:

— ¡Ya veo, Ribier, que ha pasado usted una noche excelente!

— ¿Excelente? En fin, he dormido, pero no lo *suficiente*.

— ¿No lo suficiente?—preguntó Courrioles, haciendo el mismo eco a la rima: *excelente, suficiente*—. Pero usted ve que nadie le quiere mal, puesto que se

me ha encargado que le examine. Nosotros no queremos más que la justicia y la verdad.

— No tengo confianza, señor doctor. Se me ha tratado con mucha severidad.

— ¿Ha leído usted la nota de Croulebois?—preguntó en alemán Courrioles a su interno. (Los dos hablaban corrientemente esa lengua.) Y al contestar negativamente Portehaut: —Léala—dijo el maestro señalando con el dedo a su alumno la frase sobre la superactividad de la asociación automática.

Ribier acababa de justificarla contestando nuevamente con una consonancia, verdad y severidad, a la segunda pregunta que se le había dirigido. Durante este interrogatorio, que no duró menos de otra hora, no cesó éste, con una flexibilidad de lenguaje verdaderamente notable, de repetir en eco, por la terminación de sus respuestas, el final de cada pregunta. Portehaut se asombró de ver que tales preguntas se mantenían, contra la costumbre del profesor, en el mismo círculo que el día precedente. Parecía que Courrioles quisiese hacer pasar a su interlocutor de la víspera exactamente por los mismos caminos. El plan del perito era muy sencillo. Pero en esa misma sencillez estaba su profundidad, que el estudiante aun no comprendía. Por último, al final de este interrogatorio, el lazo tendido comenzaba a entretorse.

— El día que sucedió lo que usted llama su accidente, ¿hacía mucho calor?—preguntó Courrioles.

El asesino se sirvió de esta expresión:

— No sé, señor doctor—respondió—. Durante mi crisis yo no he sentido nunca ni frío ni calor.

— ¿Quiere usted decir—interrogó Courrioles— que tenía usted los sentidos como embotados; es decir, así como si algo en usted hubiese dormido?

— Exactamente—respondió Ribier—, como si algo se hubiese dormido.

— Es claro que usted no veía bien—continuó el doctor con el mismo tono, el tono del que abunda en el parecer de otro—. Tampoco oía usted distintamente.

— Al contrario, señor doctor—respondió el asesino, que pareció reconcentrarse para evocar sus recuerdos, y otra vez, con una asonancia que rimaba con las preguntas del investigador—. Jamas mi oído fué más agudo, ni mis ojos tan clarividentes.

— Está bien—dijo Courrioles después de un silencio.

Hizo una señal a Habert para que se llevara al prisionero, que se levantó un poco asombrado de aquella repentina interrupción del interrogatorio. Pareció querer decir algo. Luego, retractándose, dijo únicamente:

— Buenas tardes, señores médicos.

— Tenía usted razón, mi querido maestro. No es un simulador—dijo Portehaut cuando la puerta se cerró—. Por otra parte, esa especie de «ecolalia» (1), esa rima al final de las frases... Yo no había notado eso ayer. Además, él no puede conocer la ley de usted sobre la hiperestesia disociada... Y él tenía esa hiperestesia junta con una anestesia general. Evidentemente es un maniático cíclico.

— Eso es lo que dice Croulebois... ¿Sabe usted dónde estará en este momento?

— Me temo, señor, que en casa de su querida—dijo Portehaut.

— Pues bien—respondió Courrioles—, coja usted un coche y tráigamele en seguida. Si no quiere venir, dígame sencillamente que su observación ha decidido mi diagnóstico y que le necesito para ordenar mi exposición, que debe ser remitida mañana por la ma-

(1) Palabra técnica, que significa palabra de eco.

ñana. Que vaya a mi casa, adonde yo me voy, para redactarla. Con un coche no tardará usted mucho. Antes de media hora estará de vuelta. ¿Dónde vive esa mujer?

— En la calle Monge.

— Muy bien. Después acabará usted la visita de los enfermos. No hay más que cuatro hoy. Vaya y vuelva pronto.

V

.....
Cuando media hora más tarde, en efecto, Croulebois, advertido por Portehaut, entró en el estudio del muelle de la Megisserie, adonde Courrioles había regresado, según dijo, encontró fijos en él, inmediatamente, los ojos del célebre maestro. Eran tan perspicaces sus pupilas, que el joven sintió que se le paralizaba el corazón. Courrioles le invitó a que se sentase y, siempre escrutándole con su terrible mirada, le dijo:

— Croulebois, usted tiene una querida que le ha amenazado con abandonarle. Usted ha querido procurarse dinero para ella a toda costa. Usted ha sabido que Ribier, el asesino a quien yo he examinado ayer y hoy, había robado cerca de setenta mil francos al relojero Jacquín y que no se han encontrado. Usted ha sabido por Portehaut la cuestión que yo le iba a plantear para descubrir su simulación. Usted ha entrado en relación con ese hombre, aprovechándose de mi encargo, y le ha ofrecido ayudarle a libertarse si quería cederle una parte del tesoro oculto. El aceptó. Usted le ha dicho lo que yo iba a preguntarle y lo que él había de responder. Usted le

enseñó luego otro síntoma de manía desconocido para él, ese eco al final de las frases. Pero usted no está hecho para el crimen, mi querido Croulebois. Usted no ha podido soportar su presencia durante el interrogatorio al bandido, del que se ha hecho cómplice. Usted me ha escrito, sin acordarse de que hace treinta años que me ocupo en leer en los escritos el movimiento de la mano del que escribe. La suya ha temblado al trazar aquellos caracteres. Su agitación interior ha pasado por los dedos. Usted no ha reflexionado, no, que yo empezaría a plantear a Ribier las mismas cuestiones que ayer, y no le encargó que variase un poco las respuestas. Ese automatismo le ha traicionado... ¿Tengo razón, Croulebois? Conteste — y la voz se hizo tan imperiosa como la mirada —. Conteste. Aun es tiempo de confesar y de arrepentirse.

— ¡Señor! — dijo el estudiante, cuyo rostro se iba descomponiendo a medida que el otro hablaba. Luego, sollozando —: Es verdad. He perdido la cabeza. Soy un miserable. No me queda más que arrojarme al agua al salir de aquí.

— No — respondió Courrioles, con voz en que temblaba ahora la piedad —, sino arrepentirse y próbarmelo dejando a esa mujer en seguida. Esa es la condición de mi silencio — continuó —. Voy a llevarle a la estación del Este hoy mismo por la tarde y a mandarle a Munich con una carta para el profesor Kroepein. Le adelantaré a usted diez mil francos, que le bastarán para una estancia de diez meses allá. Usted sabe tanto alemán como Portehaut y puede seguir aquella clínica, de la que me mandará un resumen diario. ¿Me lo promete?

— Es usted muy bueno, señor — agregó el joven, siempre sollozando —. Se lo prometo. Haré lo que usted quiera.

Con gesto de apasionada gratitud y de remordimiento quiso coger la mano del sabio, que le rechazó como si no quisiera dejarse embargar por la emoción y que le dijo:

— Ayúdeme usted antes a esclarecer un punto que queda obscuro y que tengo que dilucidar en mi informe. ¿Cómo y dónde ese Ribier ha aprendido la medicina suficiente para fingir así la locura?

— Encontró en la cárcel un doctor, condenado por aborto, que le ha trazado su papel.

— ¿Sabe usted su nombre? — preguntó Courrioles.

Y, al decirle que no el estudiante, concluyó él:

— Es preciso que yo lo sepa y que vea a ese hombre. Debe ser extraordinario para haber adiestrado tal alumno. Sí, extraordinario... Por otra parte, ¡qué hermosas observaciones ha debido recoger en ese ambiente!

1907.

LA PALABRA DADA

I

Algunos rincones de la naturaleza, de una belleza tan deliciosa como humana, tan delicada como suave, parecen haber sido hechos exprofeso para recoger los grandes dolores y envolverlos en una atmósfera de calma. A mí, ninguno quizá me ha dado esa impresión de asilo consolador tan intensamente como aquella parte del lago de Thoune donde se encuentra la antigua ciudad de este nombre. ¡Cuántas veces, sentado a orillas del Aar, que sale del lago con tan fiero ímpetu, he sentido emanar de aquel paisaje un espíritu de reposo! En lo alto, sobre los contrafuertes de hondos precipicios de los primeros Alpes Berneses, el Jungfrau y el Blunlialp levantan sus picos nevados eternamente. A su pie, el río, que ha tomado de los glaciares los azulados reflejos de su rápida corriente, corre entre enormes troncos de árboles seculares, nogales añosos, plateados fresnos, embalsamados tilos, cuyas colosales ramas, arqueadas por la carga de sus hojas, se inclinan hacia el agua murmurante. Un puente de madera limita el